



Hernán Díaz Arrieta (Alone); los años y la enfermedad no han mellado su ironía singular ni su juicio certero.

CON HERNAN Díaz Arrieta, cuyo seudónimo de Alone le ha llevado al más alto nivel de la notoriedad, yo he mantenido, a través de una larga vida, la más variada amistad, llena de afinidades transitorias y de fuertes discrepancias. Pese a eso, la serenidad que imponen los años nos ha vuelto a unir y para mí, uno de los más grandes placeres, consiste en la conversación jugosa, chispeante y de profundo contenido humano, mezclada con ironía sutil, del famoso crítico literario de "El Mercurio".

Sería majadero de mi parte ponderar y explicar la importancia literaria de Alone en nuestro país. No sólo la importancia, sino también la enorme influencia que ha ejercido en el desarrollo de la literatura chilena. Como ya lo dije una vez, Hernán Díaz Arrieta es un juez supremo en sus juicios y casi agregaríamos que es un inapelable recurso de casación. Si el recurso falla; no hay nada que hacer.

Dejando, sin embargo, esto a un lado, me interesa hablar de la personalidad íntima de Alone, ese hombre aparentemente insensible y tan aficionado a la soledad, que desde hace muchos años ha buscado, para habitar, un hermoso refugio de la avenida Beauchef de Santiago, junto al verde panorama del Parque Cousiño. (Para mí, el bello y trajinado paseo de Santiago, sigue con el mismo nombre de quien lo regaló a la ciudad y que la siutiquería que nos invade lo ha ido cambiando sucesivamente. Creemos que el nombre no hace a las cosas, pero la verdad es que el Parque Cousiño no sólo constituye para mí un sitio de esparcimiento, sino también una prueba de lo que fue la generosidad de nuestros antepasados. Eso, sin embargo, en Chile no cuenta y nos interesa más el fútbol que la gratitud.)

Alone

Hemos hablado de la soledad de Alone y esta expresión, en su caso, tiene un sentido relativo. Le agrada sobremanera la amistad y no olvidamos aquel tiempo en que todas las tardes el famoso crítico visitaba invariablemente a Inés Echeverría, ya desaparecida, en su casa de la calle Teatinos. Era una tertulia vespertina a la que concurrían algunos y en que los temas preferidos bordeaban los problemas más candentes y de actualidad.

Hace muchos años, éramos vecinos de barrio y, respondiéndome él a mi costumbre de noctámbulo, llegaba en la noche a mi casa y salíamos a caminar.

¡Cuánta frescura, cuánta ironía punzante, cuántas observaciones sutiles había en esas jugosas charlas con mi viejo amigo!

En torno a esto, no podré nunca olvidar algo típico en Alone y que me ha hecho expresar que su insensibilidad es sólo aparente. Sufrí en cierta ocasión, en esos años, una fractura que me obligó a hospitalizarme durante cerca de diez días. Todas las mañanas llegaba Hernán Díaz al pensionado a preguntar por mi estado de salud y, si bien los dolores de mi fractura fueron intensos, había en esas visitas una pequeña anestesia espiritual que los amortiguaba.

Pero dejemos esto y recordemos algunas consideraciones con que el ingenio incisivo de Alone obligaba a reír y a meditar en las repetidas charlas.

Poco afecto como es a la publicidad y a la gran masa, decía con frecuencia:

—Sólo se conserva el interés en una conversación, cuando los interlocutores son a lo sumo tres. Más allá, comienza la muchedumbre.

En cierta ocasión comentaba con el crí-

tico literario el excesivo ruido a que son aficionados los chilenos, los que, sin darse cuenta, imponen una tortura imposible de sufrir a los que aman el silencio y la meditación.

En un arranque de ficticia sinceridad, yo le dije a mi amigo:

—Me molestan de tal manera los ruidos que, sufriendo de una pequeña ceguera como la mía, la cambiaría gustoso por una sordera absoluta.

Inmediatamente y sonriendo, Hernán Díaz me contestó:

—Cuidado, piense que un ciego es un ser dramático y, en cambio, un sordo es un ser ridículo.

Han transcurrido los años, han quedado atrás dolorosas emergencias y me agrada recordar al amigo Alone, cuya sensibilidad en la amistad me parece aún más profunda que el valeroso aporte de sus críticas literarias.

Como correspondiendo a lo que acabo de recordar, lo visité recientemente en la Clínica Santa María, con motivo de una enfermedad que lo aquejaba. Encontré en él, no al paciente quejumbroso y dolorido, sino al mismo Alone de siempre: un individuo dispuesto a comentar los hechos con ese talento, esa ironía y esa mezcla de escepticismo y desaprensión de todo hombre de verdad que acepta el destino sin recriminaciones inútiles.

La presente crónica está sometida a la tiranía del espacio, dueño y señor de nuestra función periodística. Hubiera querido todavía extenderme más sobre Alone, pero no lo puedo. Comprendo, eso sí, que su personalidad rebasa estas líneas y en ellas queda estrecho uno de los hombres más extraños y talentosos que he conocido.